



UNDERWOOD

PRIMER PREMIO DE LA EXPOSICION DE SAN FRANCISCO

No compre Ud. máquina de escribir sin haber antes vista la

UNDERWOOD

Quiere Ud. saber lo que pueden la honradez, el buen servicio y la competencia profesional? Acérquese a la

BOTICA ESPAÑOLA

DE

ASTORGA HNOS.

y verá la clientela con que cuenta, que aumenta cada día más. Ahí se sirve mejor que en ninguna otra botica, se despacha a los más bajos precios y sin alteración las medicinas de patente, y se atiende de muy especial manera el recetario.

RESERVADO

PARA LA

CASA DE SALUD

DE LOS DOCTORES

URIBE Y ESPINOSA

Miles mascando "Chiclets"

Sabrosos y Saludables

DR. MARCOS ZÚÑIGA

Trabaja en todos los ramos de la Medicina; pero dedica especial atención a la Cirugía Obstétrica.

CONSULTAS:

En la Botica Americana, frente al Carmen
y en la Policlínica

JUAN RAFAEL CALVO ELECTRICISTA

Instalaciones y reparaciones en todo lo que se refiere a corrientes eléctricas y timbres. GARANTIZA EL TRABAJO
Ordenes: a la "Librería e Imprenta Alsina" y al taller de hojalatería de Pablo Brenes.

LA ESCUELA DE AGRICULTURA

DISPONIBLE

DISPONIBLE

EUGENIO LAMICQ

avisa al público que tiene de venta los siguientes artículos, a los precios más bajos del mercado:

Harina marca "LIBERTAD"

" " "CELESTE"

Acido Tartárico

Lúpulo

Bicarbonato de Soda

(En barriles y al menudeo)

Sobresacos de gangoche

Saquitos de los que vienen con harinas

San José, 18 de abril de 1913.

Maestros, Alumnos, Jóvenes amigos de leer, en "LA LECTURA BARATA"

encontraréis los más nuevos libros de los más escogidos autores; útiles de escuela y útiles de escritorio a precios económicos, después de notables mejoras que en ella ha introducido su nuevo propietario don **Jaime Tormo**.

LA ESCUELA DE AGRICULTURA de la finca LAS MERCEDES

abrió sus clases el lunes cinco de los corrientes. Los alumnos reciben allí clases de Moral, Biología, Historia, Principios de Ciencias, Castellano, Aritmética, Teneduría de libros, Inglés y Francés.

La matrícula vale quince colones por semestre y la pensión de internado veinticinco colones.

DISPONIBLE

DISPONIBLE

Polvos Talco Boratado Violeta

REFRESCAN, SUAVIZAN Y PRESERVAN EL CUTIS

Estos polvos, cuidadosa y científicamente elaborados con ingredientes de la mejor calidad y perfumados con delicadas esencias, sustituyen con ventaja a los extranjeros, cuya importación no es posible por la elevada tarifa aduanera.

Preparados por **HERMANN & ZELEDON**
BOTICA FRANCESA

DISPONIBLE

ROBERT HERMANOS

ROPA HECHA y NOVEDADES

SURTIDO COMPLETO

EN ROPA PARA CABALLEROS Y NIÑOS

En casimir hay el más grande y mejor escogido surtido

PRECIOS DE ACTUALIDAD

VENTA SOLO AL CONTADO

JOSE FIGUEREDO

Agente de Casas Extranjeras

Alajuela, Costa Rica

DISPONIBLE

Para todas las mercaderías de primera clase, en surtido renovado constantemente, en las mejores condiciones de pureza y baratura, acuda a

La Marina

en el Mercado de donde saldrá Ud. complacido.

Fideos extranjeros, buenas conservas y mejores vinos, encontrará usted siempre en

LA GRAN VIA
ALMACEN DE PROVISIONES
de **E. DE BENEDICTIS**

TODAS LAS MERCADERIAS QUE SE VENDEN EN LA TIENDA DE

Manuel Madrigal

Frente al Palacio de Justicia

SON DE BUENA CALIDAD

SE HA TENIDO EN CUENTA EL ESTADO DE CRISIS ACTUAL, PARA FIJAR LOS PRECIOS

SOCIEDAD DE ECONOMIAS DE GUADALUPE

Capital pagado ₡ 123,000-00

COMPRA DE LETRAS

COMPRA Y VENTA DE ORO AMERICANO

Los Corsets

Royal Worcester

se encuentran de venta, a los precios más bajos en

La **Compe-**
tencia



CONDICIONES:
Número suelto cts. 25
Suscripción mensual cts. 50
Año adelantado ₡ 5.00
Iguales precios para Centro América.

FIGARO

Revista Quincenal de Artes y Letras

Directora y Administradora, **Angela Acuña**

Redactores: J. Albertazzi Avendaño, y Francisco Soler

Selecta colaboración de plumas nacionales y centroamericanas
Apartado de Correos No. 751
Oficina: Calle 1ª Sur
frente a la Escuela de Derecho.

Año 1.º

San José, Costa Rica, 25 de Junio de 1915

Número 5

PAISAJES CENTROAMERICANOS



LAGO DE LA FINCA MODELO
uno de los más bellos paisajes de la República de El Salvador

PORVENIR TRIUNFAL DE LA MUJER

Es un poco duro confesar que todavía existen espíritus reaccionarios que no conciben a la mujer sino entregada a las faenas del hogar, muchas veces dulces, pero también con frecuencia llenas de amargura; o bien seducida por ideales irrealizables, por aspiraciones pocas veces satisfechas. Mas a estos espíritus, que a fe mía no cunden, porque nuestra sociedad ha alcanzado ya un alto grado de cultura en el dominio de las ideas, no sería justo censurarlos acremente, porque al que no siente los impulsos sublimes de una vida nueva, no hay para que pedirle que se desvele o mortifique por lo que no le seduce ni le encanta.

Para esos seres no es Beatriz, la encantadora salvaguardia y guía del Poeta Florentino, la llamada a levantar los ánimos decaídos y fatigados, después de un penoso viaje por los laberintos ignotos de la vida; porque hay corazones en donde jamás ha ardido la llama dulcificadora y generosa del amor, o como decía un célebre escritor sudamericano: «no han conocido la tela en que se cortan los héroes, los genios y los mártires».

La Naturaleza no es igualmente pródiga para todos, y en su deseo de variedad, que es su distintivo característico, olvida poner en algunos las delicadas fibras del sentimiento; y esos seres vienen al mundo desprovistos de la cuerda sagrada que vibra para producir ternuras, y desprovistos también de amplitud de miras y de generosidad de impulsos.

El feminismo bien entendido, con todas las reivindicaciones que tiene en perspectiva, debe tender siempre a hacer eficaz la cooperación de ambos sexos en el mayor número de asuntos que tengan por objeto el adelanto moral, social y económico de las naciones. Y así lo han comprendido la mayor parte de los países que indudablemente marchan antes que nosotros en las filas de la civilización, y que en la edad actual no se oponen a la aceptación de la mujer en el concurso de esfuerzos por el bien, tanto en lo intelectual, como en lo social y aún en lo político. Esos países comprenden que contra el feminismo, tomada esta palabra en el sentido de igual colaboración y de iguales derechos para la mujer, no hay barricada posible ya en estos tiempos. Sería como tratar de impedir que el fruto maduro cayera del árbol.

A la mujer francesa le quedará siempre la satisfacción de haber sido la primera en proclamar sus derechos al igual del hombre, y a las Naciones Escandinavas la gloria de haberlos renecido antes que ninguna otra, sugestionadas por el reclamo de aquellas almas latinas.

«¿En nombre de qué principio fundamental, — decía Condorcet—en nombre de qué derecho separamos a las mujeres de las funciones públicas en un Estado republicano? Yo no lo conozco. Las palabras representación nacional significan representación de la nación. ¿No forman las mujeres parte de la nación? El derecho de elegir y ser elegido se estatuyó por los hombres y para los hombres, so pretexto de ser ellos inteligentes y libres. Habrá quienes arguyan que a las mujeres les falta instrucción, y que por *idiosincrasia* les es extraño el genio político. ¿Acaso no hay millares de hombres con esas tachas? Pero la objeción capital, aquella que surge de todos los labios, es la que afirma que abrirle a las mujeres la carrera de la política, es separarlas de la vida de familia sustrayéndola del hogar». Y el entusiasta apóstol del feminismo termina diciendo «que este argumento no tiene solidez más que en la apariencia, ya que en todos los países hay gran número de mujeres que no se han casado ni se casarán nunca, y que en la misma Francia hay no pocas que se dedican a oficios manuales y a profesiones de comercio lo que las aparta de la vida del hogar, y no habría por qué dejar de admitir que con plena justicia podrían ser llamadas al desempeño de funciones públicas».

Antes de concluir vaya esta sencilla pregunta para que nuestros intelectuales mediten sobre ella:

¿No les parece injusto e irritante que en las elecciones municipales por ejemplo, tengan entre nosotros derecho al voto millares de hombres que no poseen nada, y por consiguiente no pagan impuesto municipal ninguno, y estén privadas de ese voto multitud de mujeres propietarias que con su dinero hinchaban las arcas del Municipio? Si esto no es injusto, yo no sé a qué llamarán injusticia los hombres.

La evolución feminista viene acentuándose día por día, después de comprobar científicamente que el cerebro de la mujer es suscepti-

ble de un desarrollo tan completo como el del hombre. Para llegar a esta persuasión ha sido preciso el transcurso de muchos siglos, y hoy sería absurdo tratar de poner diques a ese movimiento reparatorio, al cual sólo se oponen algunos hombres egoístas o timoratos, que nunca faltan en este valle de sinsabores y de lágrimas.

La guerra europea al terminarse cantará hosanna a la mujer, porque la Europa entera aclamará a ese ser que no se doblega nunca ante el peso de la desgracia, que tiene conciencia de su esfuerzo personal para establecer en el mundo el equilibrio, y hacer, por su participación completa en la vida, más sólida y firme su unión con el hombre, unión de cuya intensidad depende el triunfo de la raza humana.

Angela Cuina

MI ORACION DE LA CELDA

Me preguntas, hermana, por qué voy por la vida con el gesto cansado de una fe ya perdida?
Que por qué se fatiga el trinar de mi plectro y al reír, en mis labios hay un rictus de espectro?
Que por qué tengo siempre un decir tan doliente, y camino y camino sin mirar lo sonriente que se pasan las horas si algún bien las hilvana?...
Que por qué soy tan raro, me preguntas, hermana?

Porque todo me pesa y me cansa y me hastía; porque vivo la vida que el Germano vivía con la sierpe y el águila en la oscura caverna, o tal vez como Diógenes, pero ya sin linterna...
Porque llevo en los labios un acibar letal y en mi huerto florecen sólo flores de mal.
Porque llevo en el alma un extraño compendio de amargura y de odio como restos de incendio...
Porque fui un sacerdote fervoroso y rendido que a Jesús el profeta le juzgó de bandido.
Porque todo a mi paso se doblega y se mustia, y me vivo las horas adorando mi angustia.
Porque Tolstoy me dijo de los hombres que gimen, y después, por de Quincey, hermané con el crimen.
Porque allá, entre los hombres, desgrané mi rosario y esos hombres me han hecho ser un gran solitario...
Porque todo se muestra tan inútil, por eso, es que estoy en mi celda como un bíblico preso.

No me digas, hermana, que me ofreces tu amparo. Soy tan solo y tan triste! Soy tan triste y tan raro!
En mi celda se escucha la canción del suplicio: tú no debes oír mi dolor ni mi vicio...
Tú no debes saber de mi mal;... envenena!
Es mejor que me dejes con mi eterna cadena.

Me preguntas, hermana, por qué voy por la vida con el gesto cansado de una fe ya perdida?
Me preguntas, hermana, por qué tengo esa mueca?
Porque todo se ha muerto y mi fuente está seca!...

Rogelio Sotela

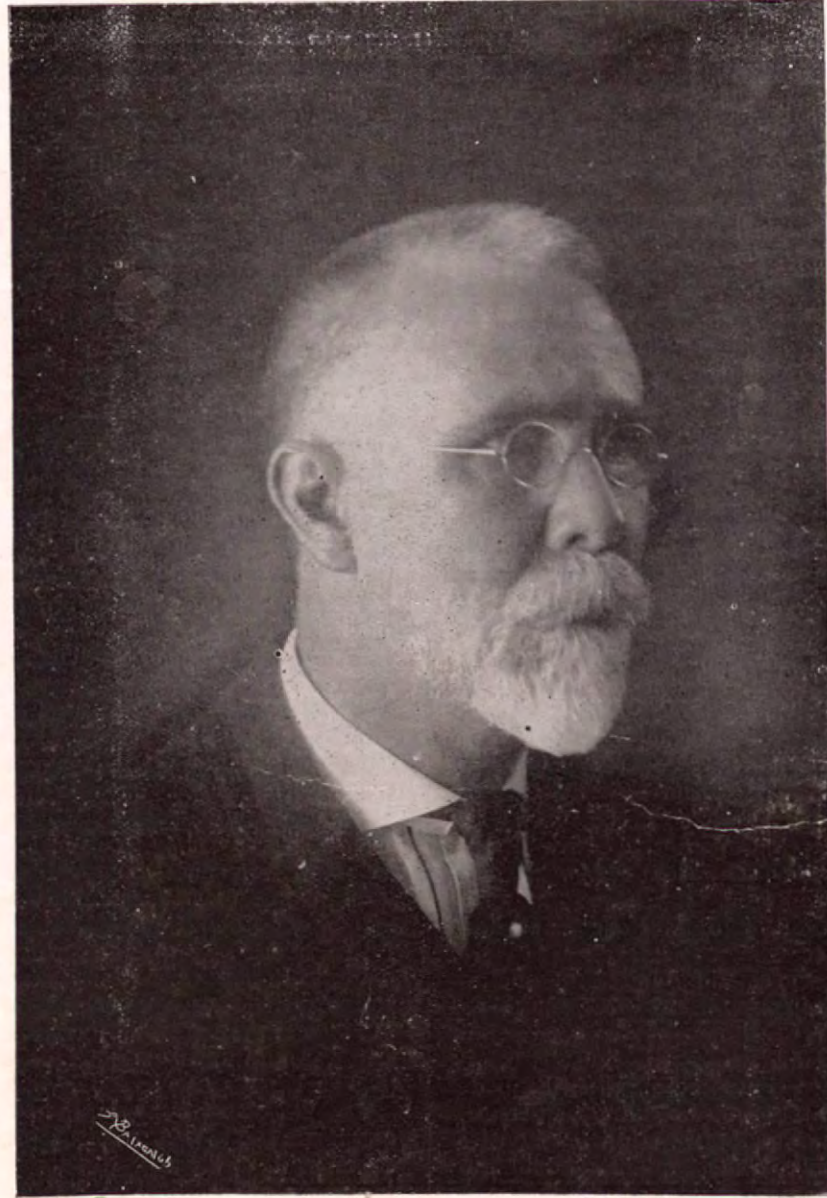
Costa Rica.

CRONICA QUINCENAL

EL HOMBRE FUTURO

Nadie sabía en la capital quién era doña Rosenda, doña Rosenda Pérez, doña Rosenda Pérez viuda de Hernández. Pero desde el año pasado se presentó en nuestras calles una señora de lujoso sombrero horro de alas, con más pájaros que el museo, guantes en las manos, y en el cuello, blanco boa dormido. La veíamos cruzar muy arrellanada en blando carruaje, haciendo ostentación de una magnífica frondosidad sin precedente. Alta, a más de exhuberante, encontrábase precisada a sacar la cabeza por la ventanilla del vehículo para no incomodarse en demasía, y es fama que excedió todos los asientos del Castillo Azul cuando frecuentara a su amigo el Presidente de la República, cosa que acontecía a menudo. Tenía un lunar en el labio superior, hacia la comisura izquierda, que para salir de apuros se lo tomaran muchos calvos. Y un ojo de altas aspiraciones que se había elevado sobre el nivel común, mientras el otro, el ojo hermano, siguió siempre en el mismo sitio donde viera la luz, pues era éste un ojo modesto, sin ambiciones, temeroso de ponerse en ridículo, que se encontraba de perlas en su condición inferior, sin distinguir e del resto de los ojos humanos; ojo que por ser humilde se escondió tras una nube tan espesa que amagaba tempestad. Acompañaba a la señora un muchacho lánguido, filoso, pálido, lampiño, sólo huesos y medroso; un hijo; una rectificación de la madre; una negación rotunda a las leyes del atavismo, que ella, la redundante señora, hacía desaparecer en la sombra de su cuerpo, lo mismo exactamente que si tratara de borrarlo de la existencia con la eureka absorbente de su robusta personalidad. Por supuesto, no se quedó buen vecino sin dedicarse a buscar en el calendario costarricense un nombre que acomodar entre pecho y espalda a la vistosa cuanto extraña dama. Trabajo perdido. Al cabo comenzó a rodar la nueva: la curiosidad capitolina empezó a saciarse por grados. Era doña Rosenda. Y qué? Pues nada, doña Rosenda Pérez. Como si nos lo dijeran en latín. Mas por fin se descubrió el misterio que la velaba de suerte tan atractiva. Era doña Rosenda Pérez viuda de Hernández. Ya esa es otra cosa! Entre llamarse Rosenda Pérez, y Rosenda Pérez viuda de Hernández, existe alguna diferencia. Nadie lo niega! Porque si el apellido Pérez carece de color, es insignificante y resulta tan común como inodoro, al Hernández sucede bien distinto, indiscutiblemente, puesto que, sino en otra parte, en los anales de la historia del partido republicano cobró lustre de charol. Y la historia del partido republicano es la Historia Nacional de un año para acá. Este Hernández, Juan Manuel Hernández, nombre cuya ortografía se alteró recientemente en la descendencia, después de que la Intrusa se lo llevara a las regiones de la gloria, fué un héroe, un santo, un genio, tres personas diversas puestas al servicio de la sociedad costarricense.

Qué hizo Hernández? Todavía no lo sabemos. Por eso fué un santo. En qué sirvió a la patria Hernández? Hernández tuvo el talento incomparable de no servir a la patria. He ahí por qué fué genio. Dónde demostró su denuedo Hernández? Hernández



DON JUSTO A. FACIO

De nuestra galería de colaboradores

CORTESANA

Siempre fué la belleza ejecutoria;
pero más alta gloria
a las deidades concederte plugo:
tú envanecida nada más te sientes
corazones y frentes
rindiendo a los rigores de tu yugo.

Sólo que no es tu yugo soberano
ese que por liviano
Citeres pone a su gentil cuadriga:

sométese a tu yugo el albedrío,
como animal bravío
al encendido rejo que lo hostiga.

Cuadra a la majestad de tu figura
arrogante apostura:
ella tu afán despótico interpreta;
pero es otro el encanto no sabido
que el ánimo rendido
a tu indomable voluntad sujeta.

Por eso ni te tientan ni te ufanan
Las victorias que ganan
aun vulgares y frívolas hermosas:
¡qué miserable galardón el de ellas!
Si cautivan por bellas,
son, en cambio, sin número las rosas.

Como hay dejos de Macbeth en tu vida,
el que, en torpe caída,
se rinde y cede a tu poder tirano,
ese infeliz, no sin angustia, siente
palpitar sordamente
las audacias del crimen en su mano.

Esos los triunfos son de tu mirada,
deslumbradora espada,—
como que brilla cual metal bruñido,—
que con sólo un reflejo de su lampo
el contrapuesto campo
reduce, irresistible, a su partido.

Cuando, cubierta de flotantes gasas,
ante los hombres pasas,
los que sufren el rejo de tu orgullo,
como vencidos en mortal conquista,
inclinanse a tu vista
sin proferir un tímido murmullo.

Mas si, presa de lúbricos antojos,
tus abrasantes ojos
en apuesto doncel pones al cabo,
aun en tierra clavada la rodilla,
es de ver cómo brilla
el semblante gozoso del esclavo.

En él tus mimos de mujer agotas;
sus ligaduras rotas,
a tu pavés de reina lo levantas;
mas no como a señor le das abrigo:
él estará contigo
bajo regio dosel... pero a tus plantas.

Ni compartes el trono ni lo cedes:
tus besos son mercedes,
y, sin que sienta el triste sambenito,
el mortal satisfecho que en tus brazos
halla dichosos lazos...
es... apenas tu esclavo favorito.

Pero una vaga sombra de tristeza
anubla tu grandeza,
y, así como en la cumbre sin verdura
que destaca su cresta en el vacío,
desesperante frío
reina para las almas en tu altura.

Ni alcanza con el hálito más leve
a tu cumbre de nieve
aquel soplo de angélicas esferas
que, en la roca de duros corazones,
con raras floraciones
hace brotar hermosas primaveras.

No penetra el amor en tu morada
con su luz sonrosada:
esa vislumbre de inmortal aurora
que de las altas claridades vino,
al cruzar su camino,
hizo grande a la antigua pecadora.

No es el amor que nutres en tu seno
con rosas y con cieno
como flor que en el légamo se cría
y que, alzando en el légamo su poma,
convertido en aroma
devuelve el fango vil que la nutría.

Aquel amor que en tus jardines era
como fuente parlera,
ya no dice con gárrulo murmullo
los triunfantes arrestos de tu vida,—

que la dejó aterida
el implacable cierzo de tu orgullo.
Pero teme al amor: es rencoroso:
cuando busques reposo,
fatigada del torpe desconcierto,
no darás, ¡ay de tí!, con el camino
que ofrece al peregrino
apacible refugio en el desierto.

Justo A. Facio

MUSICAS DE INVIERNO

PARA FACO SOLER.

I

Un invierno más! Ha vuelto el agua a cantar sus
romanzas cristalinas... Ha vuelto!

La oigo caer otra vez, ruidosa y alegre, del alto
nubarrón, en el día, a la luz del sol, como una mujer
loca que pasa cantando... Y me asomo a la ventana,
para verla pasar!

Amada ¿te acuerdas del llanto que vertiste en el
otoño último? Un rayo de sol se lo llevó, y ahora vuel-
ven las lágrimas—las tuyas!—pero retornan cantando,
limpias de la sal y la tristeza...

Cesa el chaparrón. La tarde se reviste de oro. Hay
un arco iris en el Este y los charcos de la calle florecen
de mariposas.

Parece lavado el cielo, lavados los árboles. La lluvia,
Amada, nos ha dejado alegres a nosotros y a los
pájaros... ¿Oyes lo que dicen esos dos cenicientos?...
En verdad que dan ganas de hacer un nido...

II

¡Oh, la lluvia nocturna! El agua cae lentamente, y
no sé por qué la tristeza como que ahora se nos aden-
tra más!... Se diría que el agua gris penetra al cora-
zón, como a un terrón de tierra... Terrón de tierra ¿no
lo es acaso, el corazón?... Terrón de tierra, sentimental
y doloroso.

Ahora es el velar mientras llueve, pensando en el
mañana con el dolor de hoy. ¡Saber de insomnios cuando
se ansía en secreto que comience la definitiva paz!
La materia, desilusionada y cansada, quisiera diluir
más bien su polvo oscuro en el agua de la lluvia, para
reivindicarse en la primavera, envolviendo a la más
humilde semilla que, extraviada en los campos, tenga
ganas de nacer.

Amada ¿dónde estás?... Amada, en estas noches es
que nieva sobre la meleta del poeta! La almohada
niega los antiguos sueños y se complace en murmurar
al oído realidades sórdidas. Ahora es que la juventud,
entre la sombra, se va, y las primeras canas aparecen
en la cabellera atormentada.

Amada! Está lloviendo en la noche y en mí. Las
aguas turbias arrastran por el lodo las flores que ayer
vimos abrirse en el jardín... Amada, llueve, y ya no
sé ni quién es el que solloza... ¿Es la noche? ¿Soy yo?
¿Es la juventud?

Amada ¡qué felices las aves! Con cuatro ramas y la
primavera...

Juan Ramón Avilés

Managua, mayo de 1915.

DESDE PARIS

BRONCE Y MARFIL

AL PIE DE UN CUADRO

Es un paisaje melancólico. En la duna desierta, frente a la monotonía de las aguas, el perfil severo de un soldado, cuya gallarda estatura se doblaba un tanto al peso de una meditación profunda y dolorosa. Junto a la figura de bronce del guerrero, el marfil de una breve silueta femenina, sutil y delicada.

Bronce y marfil, sus Majestades Alberto e Isabel de Bélgica, el rey héroe y la reina santa; el monarca-caballero a quien, sin aguardar las consagraciones tardías de la historia, la humanidad ha decorado del título de Grande; y la dulce soberana cuya abnegación ilumina, como una aurora de consuelo y esperanza, los lóbregos campos de batalla en que combate el pueblo belga con nunca sobrepasada bizarría, por la existencia de su patria.

Antes de la tragedia a cuyo desarrollo abominable asiste el mundo sorprendido y consternado, reinaban noblemente en uno de los países más prósperos y felices de la tierra, la pequeña y diligente Bélgica, maravilla de civilización y de riqueza, de amor al trabajo, de virtudes familiares, de mentalidad sana y ponderada; atento Él, para estimularlas generosamente, a todas las actividades intelectuales, comerciales, industriales de su pueblo; consagrada Ella a modelar como una joya el alma de sus hijos, y—espíritu refinado y exquisito—con una sonrisa de encantadora solicitud y acogimiento para todas las obras de belleza, hogar dichoso y apacible, como la nación misma cuyas virtudes y excelencias admirablemente encarna.

Cuando, próximos a romperse los diques que contenían el torrente implacable de la guerra, dijo el rey nó! a las proposiciones oprobiosas y prefirió el sacrificio a la deshonra, una sola voluntad, un solo empeño convulsionó el alma de Bélgica, nunca como entonces tan entrañablemente unida a su monarca. Pueblo y Soberano marcharon estoicamente, con la divina naturalidad de lo sublime, a la lucha sin tregua y sin desmayo por mantener el decoro de la patria; y

la espada de Alberto fué el símbolo fulgurante del heroísmo de los hombres, y en el corazón de Isabel se refugieron todas las ternuras, todas las bondades, todas las abnegaciones del alma femenina.

Esta guerra apocalíptica puede terminar mañana, o prolongar todavía unos y otros meses el infierno de sus hecatombes. No importa: Bélgica se ha ceñido con sus propias manos la palma suprema del martirio; y cualesquiera que sean las proporciones de las catástrofes futuras, primará siempre en el recuerdo de los hombres la inmolación voluntaria de ese pueblo.

La victoria puede poner su corona augusta en unas u otras frentes. No importa: Bélgica ya ha triunfado, rescatando su derecho a la vida a precio de heroísmos; y el respeto fervoroso de todas las naciones garantiza su existencia como un imperativo categórico del honor humano, porque la muerte de Bélgica sería una menzura irreparable.

Pueden el éxito o la gloria labrar con cinceles de eternidad una majestuosa sucesión de mármoles, que señalen al asombro de los siglos las epopeyas que de un extremo al otro de la Europa se realizan cada día. No importa: sobre todos los mármoles se destacarán armoniosa y soberanamente el marfil y el bronce de ese grupo: de la reina-santa que pone el consuelo de su piedad, como una venda de miseria,

ricordia, sobre las tremendas angustias del dolor y de la muerte, y del rey-caballero en quien la bravura y la hidalguía se han hecho pensamiento y músculo.

El huracán de fuego y sangre que convulsiona al mundo puede aventar, como despojos vanos, unas u otras soberbias dinastías que en cimientos seculares se asentaban. No importa: el trono de Alberto e Isabel de Bélgica resistirá victorioso a sus embates, porque es el amor de todos los varones dignos que existen en la tierra el que inquebrantable lo sustenta.

Y cuando, marcado en el cuadrante de las horas el momento solemne de las reparaciones, vuelvan a la



ALBERTO e ISABEL

dos belgas que ostentan hoy a los ojos del mundo sobre su corona de reyes, y más valiosa que ella, la de la admiración y el cariño universales por la heroica defensa de su patria.

integridad de sus estados el rey paladín y la sublime reina, será el mismo hogar apacible y dichoso de los pasados días, en medio del propio pueblo, próspero, feliz y diligente; el mismo estímulo generoso a las fecundas actividades nacionales, la propia consagración a modelar como una joya el alma de los hijos, y la sonrisa encantadora de antaño para las obras de belleza; pero todo ello sublimado por la magnífica apoteosis de la gloria, a los fulguros de una luz nueva y más radiante, en una Bélgica más grande, más rica y poderosa...

Pierre de Xivier

París, mayo de 1915.

LOS RELOJES

Para el maestro García Monge

Por J. Albertazzi Avendaño

Uno, dos, tres, cuatro, y doce campanazos, uniformes, húmedos, se dejaron oír en la habitación oscura, tendiéndose como hilos electrizados de una madeja cuyas extremidades se perdían en el silencio, porque de él venían y a él iban, como doce voces hermanas,—perfilándose en un ambiente de quietud,—que llamaran a la boca de un abismo de sombra y de silencio.

Tic, tac, tic, tac, va diciendo el reloj a lo largo de la noche, como un invisible martilleo que socavara la roca enorme que oculta el sol.

Y me pongo a pensar que lo único que vive a estas horas en que la ciudad entera duerme, son los focos eléctricos que se estrechan en un abrazo de luz, en las calles, y los relojes, en las iglesias y los aposentos. Ah! pero sobre todo los relojes, cuyo tic-taqueo constante parece la palpitación de un corazón mecánico, que no sintió nunca más altas preocupaciones que las del tiempo que pasa y que no vuelve. Que no vuelve—decimos—que no vuelve para nosotros, pero que va a anidarse en las cajas de los relojes que están haciéndose, allá en las fábricas lejanas, en cuyas cuerdas se enredan, para vibrar luego en su tic-tac monótono. No habéis sentido nunca, cuando escucháis los campanazos de un reloj grande, o las palpitaciones de un reloj de bolsillo, que vivís horas pasadas, ante paisajes que se destiñeron en vuestra memoria, pero que resucitan de momento? Es que el tiempo vuestro que presidió esos paisajes y esas horas, y que pasó,—como serpiente en la hojarasca—enroscándose en la cuerda de algún reloj que os perteneció o que os pertenece, fué a vivir de nuevo en las cajas de esos relojes que ahora os llaman al pasado, cumpliendo el milagro de una evocación.

Ninguno de los objetos que con nosotros llevamos está tan cerca de nuestra intimidad, como los relojes: ellos conocen la exigencia de nuestras ansias cuando se asoman a su carátula, en cuyo fondo se miran las agujas que van tejiendo la vida sobre el tafetán de una inquietud constante: una de puntada veloz porque va haciendo la primera tejedura, a la ligera, mientras la otra va tomando las pequeñas puntadas, más despa-

cio, en ese eterno tejer y destejer que, como la tela de la griega que aguardaba, es nuestra vida.

Hay relojes de muchas clases: grandes o pequeños, de caja de madera o de metal, vibrando como azorados en el bolsillo, marcando justas las horas del hogar, sobre las cómodas, o clavados como ojos eternamente abiertos, que no parpadean, que no duermen, en la fachada de las iglesias, desde donde dejan caer sus campanazos sentenciosos, que al rodar sobre los inmensos muros en cuyos hombros se levantan, se transforman en musgo fino—alfombra sobre la cual se aduerme el tiempo.

Nada más sugestivo que ese par de manecillas negras que en la cara del reloj van y vienen en su eterno trajín, bien pudiera decirse que tejiendo nuestra mortaja o mostrándonos el camino de la tumba. Y a ella vamos después de cuántas vueltas, de cuántos millones de vueltas sobre esa ruta inevitable—como ruta de un tren que sólo tiene una estación.—

Para mí, enamorado del alma multiforme y vibrante de las cosas que se aduerme en los recodos de los caminos, en las noches de luna; que vibra en los altos trenes que beben horizontes; que canta o que llora en las campanas; que se asoma como un presentimiento a las ventanas silenciosas de las casas abandonadas; para mí que he visto prenderse a los ojos de los perros el alma en un reflejo de hermosa gratitud, y a los de los bueyes en las tardes tranquilas, cuando regresan a la aldea, mientras se diluye en sus pupilas todo el oro y la púrpura del poniente; para mí tienen también los relojes una semejanza con los hombres, con los hombres vanidosos que creyeron superar a todo el mundo que los rodea, olvidando que son apenas manifestaciones del alma humana que se cristalizó en ellos, como cristalizó en perfume y en color en las flores, y en vellón y en mansedumbre en los corderos; para mí, los relojes, que recorren todos su camino sin fatigarse, sin quedarse rezagados, con todo y que el de unos es largo—como el de los relojes de iglesia—y el de otros es pequeño, se parecen a los hombres, de los cuales unos hacen vida de reloj público, mostrando toda su trayectoria, anunciándose hasta en su más pequeño paso, mientras otros viven—como los relojes pequeños—intensificándose, reconcentrándose en sí mismos, sin que anden más aquéllos, ni laboren más, como no hace mayor trabajo ni anda más el reloj grande que se muestra a todo el pueblo, y que para hacerse más visible—como los hombres que gritan cada una de sus conquistas—se anuncia a cada hora con sus campanazos.

Cuántas veces hemos querido poner nuestra inquietud como una paja entre la máquina de los relojes, y detenerlos, para hacer vivir un momento más una hora de alegría o para impedir que llegue una hora de dolor. Pero ellos, superiores a nuestras impresiones, indiferentes a nuestro pobre vivir que se alimenta de tan pequeños motivos, marchan y marchan con la solemne gravedad de las cosas sin alma que está pregonando el triunfo del alma de las cosas, porque saben que la ventura, y el infortunio, y el dolor, y la alegría, lo son por ellos, porque ellos los hacen fugaces, pues que el día que ocuparan toda su carátula, perderían su mejor atributo, se desvestirían de su encanto, que les viene de ocupar sólo un ángulo más o menos grande, formado por sus manecillas que se unen dos veces en cada jornada, a medio día y cuando viene la noche

para contarse sus impresiones y seguir luego el camino.

Yo no sé si a vosotros os acontece lo que a mí. Pero es lo cierto que muchos de mis mejores recuerdos de la infancia están vinculados directamente al grande y viejo reloj de mi casa, de voces enronquecidas por el tiempo, metido en su jaula de madera, como un eterno vigilante. De las cinco a las seis de la tarde era nuestra hora de juego, en la plaza de la aldea, que como la de todas las aldeas, es una alegría de césped encuadrada entre la escuela, la iglesia, la casa del Jefe Político y el mejor establecimiento comercial; y allí jugábamos todos, en esa inocente fraternidad de la niñez, hasta que la plaza se iba llenando de sombras y caían del viejo reloj parroquial esos seis campanazos que abren los labios y el corazón a la oración. Pues bien, yo no puedo volver a esas horas por la blanca carretera de los sueños sin acordarme del reloj—del viejo reloj de mi casa,—pero más particularmente, sin acordarme del ángulo que formaban las manecillas del reloj a esa hora de las cinco. Ahora que vuelvo a ahí en la evocación, a esa plaza que debe estar con menos césped porque los niños de hoy deben quererla menos, sin los árboles por entre cuyo ramaje la luna escribió sus más tiernas serenatas, porque la iglesia, empequeñecida, se estaba perdiendo detrás de ellos; ahora que me siento muy pesado y muy torpe para jugar como entonces al *quedó* y a la pelota, me parece que toda esa alegría de entonces, que todo ese pedazo de vida riente y vigorosa y esa bendición de oro del sol cayendo sobre nuestras cabezas y reflejándonos en los muros de la escuela, están enmarcados en el ángulo que formaban las negras manecillas del reloj, como en una viñeta diminuta que hubiera pintado el mágico pincel del recuerdo.

A mí por eso nada me dicen los relojes cuando no han salido aún de la fábrica o de la relojería. Todavía no tienen historia, ni fisonomía propias. No han marcado el tiempo de nadie, no han sabido de las ansias de nadie, son, como han dicho de los niños, papeles blancos en los cuales quién sabe qué Dios escribirá.

Y tú, querido reloj mío, que has hecho vibrar en muchos momentos tu alma junto a mi alma, que has marcado mis horas de insomnio, entre cuyas sombras viene la imagen de mi buena, de mi dulce amada, tú has de apuntar la hora de su fiesta; pero para que esa hora quede de veras fija, distinta de las otras, sobre las cuales pasas con gesto desdeñoso, detente en ella, sujeta tus manecillas, para que no hagas ruido en nuestra silenciosa ventura, como si en tu cuerda la felicidad de esa hora hubiera hecho el mismo efecto que esas hondas impresiones que ponen un nudo en la garganta.

Alberto Paz y Salazar

ESFINGE

Atraes con lo arcano del misterio.
Se impone a veces el extraño imperio
de tu armoniosa risa musical,
para mostrarte luego suplicante
con la mirada intensa y enervante
como la trágica obsesión de un mal.

Dominas con el garbo de tu gesto
que guarda en sus entrañas como un resto
imperante, de hidalga condición,
que afirma la escultura de tu mano
alba como las teclas de algún piano,
suave como una plácida canción.

Eres encantadoramente esquiva,
y tu cara risueña y pensativa
tiene un algo como de figurín,
cuando en la introspección de tu mirada
te vas ensimismando en una oleada
de rememoraciones o de esplín.

Si alguno descifrara tus tristezas,
la psicología de tus rarezas
o el motivo de tu vivacidad,
se detendría repentinamente
ante el abismo negro y refulgente
de tus ojos llenos de ambigüedad.

Mayo, 1915.

Roberto Figueredo

EL AMOR AL ESTUDIO

Párrafo de una conferencia leída en la Penitenciaría la noche del 22 de mayo de 1915, por José Vargas Porras y que fué muy aplaudida.

El niño José Pomeroy, de Massachusset, a la edad de 10 años, mata a una niña y la entierra en un sótano. La sociedad toda se ensaña contra el pequeño delincuente y es condenado a la horca; pero el gobernador del Estado conmutó esa pena por la de prisión perpetua. Y ese niño, ¿estudiaba? Sí... Y sus dolores cada día se hacían mayores, cuando hasta a su misma madre le era casi imposible verle una vez al año. No tenía más amigos confidentes que los libros; y hasta el año pasado, según dice su autor, tenía 40 años de prisión, y había aprendido muchas cosas: sabía, además de su lengua materna, latín, árabe, español, italiano, francés y alemán. Los jueces que lo condenaron, el gobernador que le conmutó la pena, habían muerto y la generación a la cual ellos pertenecían, se había extinguido. La ciudad se había agrandado y lucía muchas cosas que nunca impresionaron la retina del infeliz Pomeroy.

DE REDACCION

Para asegurar a FIGARO el buen nombre que va conquistando y que queremos mantenerle, debemos hacer de nuevo constancia de nuestro *inalienable* derecho de rechazar lo que no creamos conveniente publicar, a cuyo efecto ejerceremos una severa *policía literaria*.

Los Redactores.

MUJERES CENTROAMERICANAS



SEÑORITA MARGARITA GONZALEZ